



Volver a sentir que votar importa

El abstencionismo es, quizá, una de esas enfermedades silenciosas que carcomen a las democracias modernas. No es exclusivo de México ni del Estado de México, eso es cierto. Pasa en muchas partes del mundo. Pero, la verdad es que saberlo no consuela a nadie. Al contrario: debería preocuparnos más.

Porque no se trata solo de que la gente no vaya a votar, como si fuera un simple trámite que se pospone. No. Detrás de cada elección hay una maquinaria enorme que se echa a andar meses antes: impresión de millones de boletas, capacitación de funcionarios, renta de espacios, traslado de paquetes, seguridad, conteos. Todo pensado para que cada ciudadano tenga una oportunidad real de decidir. Y cuando más de la mitad se queda en casa, ese esfuerzo —y ese dinero público— se diluye como agua entre los dedos.

Luego vienen las quejas. Que si las elecciones son carísimas, que si el instituto electoral gasta demasiado, que si mejor ese dinero debería ir a hospitales o a calles. Y sí, claro que duele ver cifras tan altas. Pero también hay que decirlo con franqueza: ¿cómo exigimos comicios más baratos si ni siquiera usamos lo que ya se preparó para nosotros? Es como pagar un boleto de autobús y dejarlo pasar vacío.

Además, el abstencionismo alimenta otro monstruo: la sospecha permanente. Quien no participa mira el proceso desde lejos y, desde esa distancia, todo parece turbio. Cualquier rumor prende. “Seguro hicieron trampa”, “seguro se robaron votos”. Y es fácil decirlo cuando no se vio cómo se cuentan las boletas, cuando no se fue funcionario de casilla, cuando no se vivió la jornada de cerca.

Esa desconfianza, muchas veces sin fundamento, termina costando todavía más dinero. Se agregan candados, tintas especiales, papel seguridad, credenciales con hologramas, mecanismos de vigilancia cada vez más sofisticados. Todo para convencer a los incrédulos de que el voto vale. Paradójico: desconfiamos tanto que encarecemos el sistema... y luego criticamos lo caro que es.

Y es que, en el fondo, la democracia no se sostiene sola. No es un aparato automático que funcione sin la gente. Requiere presencia, manos, voces. Requiere que alguien madrugue un domingo, haga fila bajo el sol o el frío, marque una boleta y la deposite. Un gesto pequeño, casi cotidiano, pero cargado de sentido.

Tal vez nos hemos acostumbrado a pensar que un voto no cambia nada. Que “todos son iguales”. Que mejor quedarse en casa. Pero cuando millones piensan lo mismo, el resultado sí cambia, y mucho. Deciden menos. Deciden los de siempre. Y después llegan las lamentaciones.

Así que, más allá de campañas publicitarias o discursos oficiales, el reto es cultural. Volver a sentir que votar importa. Que es un derecho, sí, pero también una responsabilidad colectiva. Porque sin participación amplia no hay legitimidad, y sin legitimidad la democracia se vuelve frágil, como una casa construida a medias.

Si queremos elecciones más baratas, gobiernos más representativos y menos rumores en la sobremesa, la respuesta no está en recortar recursos, sino en llenar las urnas. Parece simple. Y quizá lo sea. Solo hay que salir de casa y hacerlo.